

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CIL.

Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO II. }

MÉXICO, ENERO 1º DE 1872.

{ NUM. 11.

LAS MADRES DE FAMILIA.

LA PREDILECCION.

[Continúa.]

Eduardo, que necesitaba continuamente sacar dinero del bolsillo de su madre, sabia desatar sus cordones con una gracia atractiva, usaba de cariños estudiados, de agasajos mañosos, de zalamerías sentimentales y de un respetuoso cariño para conservar el imperio que ejercia sobre Madama de Montcars, que estaba embaucada hasta el punto de privarse de todo por suministrarle á aquel hijo tan querido, para sus locuras. Carlos y Julio no la dijeron nunca la menor cosa; y como estaban seguros de que no podia enajenar ningun capital de sus bienes, la dejaban usar de las rentas generosamente, y aun habian rehusado hacia algun tiempo recibir la pension de mil quinientos francos que daba á cada uno, porque su situacion no necesitaba de

aquel auxilio. A este rasgo de confianza y de grandeza de alma, se siguió pronto una prueba mucho mas tierna de los nobles sentimientos que los animaban. Eduardo entró en una casa de juego, y contrajo una deuda de diez mil francos bajo su palabra, y la debia pagar dentro de tres dias sin remedio. En vano habia implorado el socorro de varios amigos. Madama de Montcars observó en su semblante que tenia tristeza y estaba inquieto, le hizo mil preguntas, y al fin confesó su falta, y la cruel imposibilidad de repararla. La madre tan sensible, no encontró otro medio para sacar á su hijo del paso sino vender su cofrecito de diamantes, que valdria unos doce mil francos. Fué á casa de su diamantista, con quien su hijo el abogado tenia confianza, y este supo por aquel la estraña resolucioⁿ de su madre. Adivinó Carlos sin ningun trabajo que los gastos de Eduardo la habian determinado á aquel sacrificio; se lo dijo á Julio, y pagaron cada uno seis mil francos al joyero, el cual los entregó

á Madama de Montcars, como valor formal de su cofrecito; y esta, que reunia ordinariamente el dia de su santo un gran número de convidados, encontró bajo el cubierto de la mesa aquel mismo cofrecito, que no habia podido vender sin un profundo sentimiento, y que tenia encima este billete: «Nuestro padre fué dichoso «al ofrecerlo; nosotros lo somos mucho mas «en devolverlo.» Madama de Montcars dió un grito de sorpresa y de alegría, y todos preguntaban cuál era la causa. Entonces se vió precisada á divulgar el tierno y generoso obsequio de sus hijos mayores, ocultando de intento la causa secreta de la privacion que se habia impuesto, y estrechó llena de alborozo en sus brazos, por la primera vez despues de tanto tiempo, á Carlos y á Julio, que participaban de la viva emocion que ella sentia. Eduardo supo en aquel momento mismo el sacrificio que habia hecho su madre por él solo, sintiendo á presencia de sus hermanos la confusion que se manifestaba en su rostro,

la que tampoco se le escapó á Madama de Montcars, pareciéndola que veía en ella el sincero arrepentimiento de aquel hijo culpable, y la resolución de imitar á sus hermanos, concurriendo con ellos á que fuese la mas dichosa de las madres.

Eduardo, en efecto, aparentó por algun tiempo que resistia á las funestas inclinaciones que le habian arrastrado; no tenia caballos, volvía por la noche mas temprano, no se componia tanto como antes, almorzaba casi siempre con su madre; en fin, en cosa de dos meses no habia pedido dinero mas que una sola vez, y fué solo un billete de quinientos francos para acabar de pagar al sastre. ¡Feliz mudanza! decia Madama de Montcars: ¡cuánto me alegro de no haber molestado su carácter vivo y ligero, de no haber afligido su corazón tan franco, y mucho mas sensible de lo que se piensa! No es mas que un atolondrado divertido que jamas tuvo intencion de hacer ningun mal. En fin, ella atribuía aquel arrepentimiento á la tierna leccion que habia recibido con el generoso proceder de sus hermanos. Una mañana que estaba sola en su cuarto, y Eduardo, contra su costumbre, no habia parecido al tiempo del desayuno, entró el respetable tutor de sus hijos, que ya habia hecho presente varias veces á la madre su culpable debilidad, así como al hijo preferido le habia advertido sobre su conducta y modo insensato de gastar, sin haber logrado que le oyesen, porque el lenguaje del tutor mas indulgente, se toma casi siempre por un sermón fastidioso de un censor austero. Madama de Montcars, al verle entrar con un aire grave y misterioso, creyó que vendria á hacerla algunas reflexiones, y recibió al digno legatario de su esposo con la debida consideracion, pero al mismo tiempo con la desconfianza que produce una ciega preocupacion, cuando este, sin preámbulos ni miramientos preparatorios, la dijo que era preciso diese cuenta á sus hijos de los bienes de su padre. «Yo habia creído, le respondió ella alterada, que Carlos y Julio debian aguardar la mayoría de su hermano para terminar con un solo acto mis cuentas de tutela. —Pero vuestro hijo Eduardo cumple hoy mismo veintiun años.—¿Cómo! ¿ya los cumple? Con efecto, hoy es 15 de Septiembre, repuso Madama de Montcars con una falsa sonrisa: parece que contaban los instantes con impaciencia..... no hubiera creído nunca que mis dos hijos mayores.....—Pero, señora, yo no vengo de parte suya á cumplir con este encargo: ellos lo desaprueban, lo vituperan; el mismo Eduardo es el que lo solicita.—¿Qué dice vd.?—La verdad, señora: ya veo que es cruel, y la leccion terrible que va vd. á recibir debe aterrorizar á todas las madres que se dejan llevar de funestas preferencias. Sepa vd. que su Eduardo solo aspiraba á llegar á la época, lenta á su impaciencia, que le debia poner en posesion de su legítima. Llevado de falsas especulaciones, rodeado de diestros intrigantes que adulan su vanidad y despiertan su ambicion, quiere gozar cuanto antes de los bienes que ha heredado de su padre; y como en vuestra presencia no se atreveria á reclamar los intereses que le ha hecho gozar vuestra indulgente genero-

sidad aun con detrimento de sus hermanos, me ha dicho que hace ocho dias habia encargado á su apoderado que arreglase con vd. y compensase las rentas de sus bienes con los recibos suyos que vd. tuviera.—¿Yo? exclamó Madama de Montcars llena de sorpresa y de indignacion; nunca me pasó por el pensamiento el pedirle ningun recibo: le daba con muchísimo placer no solo mis ahorros sino hasta el producto de mis privaciones: por él vendí mis diamantes, y le hubiera dado mi sangre y la misma vida.... ¿Y será capaz de pagar tanto amor, tantos combates secretos, tan infinitos sacrificios, con la mas negra ingratitud?» Al decir esto perdió el habla; estaba pintada en su semblante la palidez de la muerte; cayó en un sofá, sin movimiento y como privada del uso de sus sentidos. Sus ojos espantados buscaban por todas partes á aquel hijo que ella habia colmado y aun fatigado con su cariño, y sus labios trémulos y descoloridos apenas pronunciaron estas palabras: «¡Eduardo! hijo cruel!.... ¿así despedazas el seno que te crió?....» Despues, levantándose repentinamente con fuerza, añadió: «Yo quiero verle; quiero hacerle abjurar á mis piés todos sus yerros: no se atreverá á soportar mi vista, no se atreverá á estar en mi presencia.....—¡Ay

señora! él ha precavido este suplicio marchándose de Paris: su hijo de vd. salió esta mañana misma para Burdeos, adonde le lleva una de esas Phrynées brillantes que se encuentran en las casas de juego, y ha conseguido apoderarse de aquel corazón desacreditado, de aquella cabeza sin resorte y sin apoyo, para devorar su legítima bajo el falso pretexto de hacerle probar los lances de la fortuna.» Al acabar estas palabras, entraron repentinamente Julio y Carlos de Montcars, y su infeliz madre se arrojó en sus brazos sin poder proferir una palabra; pero su palidez y sus sollozos les dan á entender bastante todo cuanto sufre. La estrechan en sus brazos, y consiguen calmar su estremada agitacion: la hacen volver en sí misma, y cuando abrió los ojos los vió á sus piés agarrados de sus manos, y repitiéndola con una espresion respetuosa y patética: «Si ha perdido vd. un hijo, aun le quedan dos» «¡Hijos míos!.... mis queridos hijos!.....» les respondió Madama de Montcars deshecha en lágrimas: he sido injusta, he sido culpable.... y así os vengais vosotros....» Los estrechó en aquel pecho que no los habia criado, pero que daba á entender con sus latidos que ocuparían siempre un lugar en él.

(Continuará.)

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



VII

¡Sonó ya la hora de partir! Como de costumbre, han enviado con la fresca á Elena y á Fernando al jardín, á jugar. ¡A jugar! ¡bonitos ellos para jugar como el vulgo de los chiquillos! No van á jugar, si-

no á ponerse en camino para los países desconocidos. A Fernando, en su calidad de viajero, no le falta sacramento: el guaje y la alforja al costado, el báculo de peregrino en la mano. Elena no lleva

mas bagajes que el *Sancho*, su borrego de madera favorito, á quien no tuvo corazon la pobrecilla para dejar abandonado. A punto ya de alejarse, ambos

viajeros, poseidos de la mas profunda emocion, vuelven el rostro para despedirse de la casa paterna. ¿Hasta cuándo la volverán á ver?.....



VIII

Ahí tienen ustedes ya á Fernando y á Elena atravesando el vallado, que en el extremo del jardin forma el límite de los países conocidos. Este era el paso decisivo, y tenían que darlo á gatas; porque Gontran, el perro de la casa, que fué quien tuvo la feliz idea de abrir aquella brecha, la hizo conforme á su

estatura, y ni siquiera se tomó el trabajo de quitar las espinas del zarzal. Pero ¡ay! este zarzal y estas espinas son tortas y pan pintado, en comparacion de los millares de abrojos que á nuestros intrépidos viajeros se les aguardan, como verá el curioso lector.

CUEENTOS A MI HIJA.

EL SITIAL DEL ABUELO.

M. de Lirne, antiguo jurisconsulto, y de mucha edad, se veia atacado de las enfermedades de la vejez hacia ya mucho tiempo; lo que á menudo le obligaba á permanecer en un sitial, donde recibia las solícitas atenciones y cariñosas demostraciones que con él usaba madama de Rainefort, hija única suya, y viuda, cinco años habia, de un capitán de artillería, muerto en el campo del honor.

Madama de Rainefort tenia dos hijos, uno varón de doce años, que se llamaba Estéfano, y una hija que le llevaba un año, cuyo nombre era Alfonsina. Ambos hermanos eran parecidos en las facciones de sus rostros, y en el metal de su voz; pero estaban bien distantes de tener el mismo genio ó inclinaciones. Estéfano, vivaracho, divertido, y cariñoso, lo hallaba todo muy á su gusto, no manifestaba nunca mal humor, trataba igualmente al pobre que al rico, y al débil que al fuerte; y ni la soberbia, ni el egoismo hallaban el menor abrigo en su pecho. No distinguir á los hombres mas que por su mérito, atenerse únicamente á su buena fé y afabilidad, tal era el fruto de sus continuos coloquios con su abuelo, cuya compañía preferia este nieto á la de los jóvenes de su edad, y á las mas lucidas concurrencias.

Alfonsina por el contrario, no tenia apego ninguno mas que á las exterioridades que cautivan la

vista; su hermoso talle y agraciado rostro la hacian creer que no los habia iguales en la tierra. Sus activos pensamientos no hallaban embeleso mas que en el lujo y esmerados adornos; y no daba valor sino á los objetos que iban anunciando la opulencia. Cultivar sus talentos, formar su educacion, adornarse el alma con virtudes que atrajeran el mayor amor y respeto á su sexo, todo esto no era para Alfonsina mas que fastidiosas inutilidades, y tiempo perdido, enteramente dedicado al disgusto.

Entre los preciosos y raros muebles que adornaban el estrado de madama de Rainefort, se hallaba un antiguo sitial de madera de haya, cubierto de vaqueta encarnada, clavada con tachuelas doradas en otro tiempo, pero que no presentaban ya mas que un metal negruzco, entre las que aparecian aquí y allá reliquias de antiguas franjas, á que el polvo se habia pegado con pertinacia. Esta silla poltrona, armada sobre cuatro ruedecillas, y cuyo respaldo se bajaba cuanto se queria al auxilio de un registro, era el asiento acostumbrado de M. de Lirne. Se hallaba en ella mas á su comodidad que en los muebles modernos, cuya forma puntiaguda é incómodo asiento le parecian tan ridículos como molestos.

Estéfano, que no veia en este toseco sitial mas que un sitio de descanso, en que su abuelo olvidaba con frecuencia sus achaques, se complacia en conservarlo, componerlo de nuevo, y en breves palabras, en mejorarlo con cuanto podia contribuir al gusto y conveniencia del venerable anciano.

¿Daba principio el invierno? Estéfano acomoda-

ba en lo alto de la poltrona de su abuelo un cierto ropaje, con que su calva y debilitados órganos quedaban preservados contra el menor frio. Volvia el buen tiempo? Estéfano adornaba la delantera del sitial con una mesita de madera de nogal, en que todos los dias esparcia varias flores de primavera, cuya vista y fragancia confortaban al viejo, con traerle á la memoria sus floridos años. El nieto, unas veces llevaba rodando en el sitial á M. de Lirne hasta el sol, cuyos rayos le refocilaban y le restituian su vigor y alegría; y otras tambien, despues de muchas vueltas, se quedaba dormido en la silla poltrona, pintada la risa en los labios, y bendiciendo en la apariencia al amable niño, que con tanto desvelo y atencion se complacia en alargar sus dias, y hermohear el fin de su carrera.

Alfonsina se hallaba bien distante de tomar parte en las atenciones que su hermano usaba con el abuelo. Ella no habia rodado jamas ni una sola vez la disforme y antigua poltrona; nunca habia esparcido delante de ella la menor flor; por el contrario, su mayor martirio era ver la poca hermandad que este antiguo trasto hacia con los vistosos muebles de preciosas telas, que adornaban la sala de estrado. Cien veces habia estado tentada, aunque le faltaba el valor, de romper el vasto sitial, que tanto ajaba su vanidad. «Sí, dijo un dia toda indignada, *haré quemar este viejo sitial, así que muera mi abuelo.*»

M. de Lirne, cuyos órganos no estaban enteramente amortiguados, habia notado la antipatía que Alfonsina tenia á su querido mueble, y aun oido estas penosas y duras palabras: *haré quemar este viejo sitial, así que muera mi abuelo.* Este dicho tan reprehensible se hallaba grabado en el ánimo del abuelo, que resolvió dar á la nieta una leccion de que le quedase memoria por mucho tiempo.

Bajo el almohadon del sitial, y sin que nadie lo supiese, habia mandado M. de Lirne abrir una arquilla, cuya llave guardaba él solo, y en la que depositaba sus cosas mas preciosas. Cada edad tiene su manía, y la de la vejez consiste en separarse lo menos posible del tesoro que acopió á fuerza de afanes y economias.

Convidada Alfonsina un dia á una funcion, en que habian de reunirse las conocidas suyas mas petimetras, se quejó altamente de que no tenia un vestido harto lucido; y mas particularmente estaba deseosa de una guarnicion de flores de mano, como veia que las llevaban todas las jóvenes de su clase y facultades; pero madama de Rainefort, que queria que su hija se habituase á una prudente economía, habia fijado seis meses de gasto á una cierta cantidad que Alfonsina habia disipado de antemano. Estaba decidido, pues, irrevocablemente, que la joven presumida iria á la funcion con la simple bata de crespon blanco. Desolada Alfonsina de haber malgastado toda su mesada en fruslerías, manifestaba su sentimiento en presencia del abuelo, el que aparentaba no poner atencion en ello.

Algunas horas despues, volvió Alfonsina á la habitacion de M. de Lirne, á quien de nuevo pintó su pesar y desesperacion. «Pues bien, niña, dijo el respetable anciano sonriéndose, para consolarte de no tener adorno mas esquisito, sé útil una vez á tu abuelo; toma esta llave, y hazme el favor de abrir la parte inferior de mi sitial; ahí, de ese lado.....» Alfonsina se pone colorada, vacila, y se imagina que se trata quizá de llevarse un misterioso vaso, que se halla comunmente bajo los muebles de esta naturaleza. Quiere escusarse, finge que no puede abrir con la llave; el anciano se llena de gozo con su equivocacion; finalmente, dá vuelta á la llave con mano trémula, y volviendo la cabeza, abre el cofrecillo..... y descubre un lindo canastillo oloroso, cubierto de raso azul, que encerraba una guarnicion completa de rosas blancas, cuyo primor competia con su frescura. Comprendió entonces la amable leccion de su abuelo, confesó que sorpresa ninguna le habia sido nunca mas agradable en su vida, y fué volando á poner en su bata de crespon el rico adorno que ella estaba bien distante de esperar.

Pero la antipatía de Alfonsina con la vieja silla poltrona no se desvaneció todavia del todo; no podia acostumbrarse á verla figurar entre los sofás y

sillas abarquilladas modernas, de que estaba lleno el estrado. No se atrevía ya á manifestar á las claras su aversion hácia este antiguo mueble; pero desde el momento en que M. de Lirne no estaba sentado en él, lo escondía en un rincón de la habitación, poniendo por delante cuanto podía ocultarlo de la vista de las gentes. Un lance hartó singular vino á desvanecer para siempre la repugnancia de Alfonsina, y hacerle tan querido el sitio del abuelo, como desagradable le había parecido anteriormente.

Era tiempo de carnaval. Alfonsina debía presentarse con el disfraz de vieja en casa de una amiga suya, en que había de reunirse un sinnúmero de señoritas de su edad. El vestido con arrugas en los hombros, vuelos largos de tres randas, gorra de encaje, zapatos de tacon, y cubierto el rostro con una máscara maligna y llena de arrugas, nada le faltaba á su vestimenta; y aunque apenas rayaba en la primavera de su edad, la hubiera tenido uno por una vejancona de setenta años. Su madre había presidido en esta mojiganga; y el joven Estéfano, disfrazado de volante, debía llevar la cola de la vieja baronesa, y hacer con ella una entrada triunfal en la lucida y alegre reunion en que los esperaban. Era convenio espreso que en ella no serian admitidos los padres, que la sola señora de la casa velaría sobre esta retozona juventud, que querian verla entregada una vez á sí misma.

Para completar Alfonsina su disfraz de vieja baronesa, había cometido la indiscrecion de tomar, sin saberlo nadie, unos pendientes de diamantes, y de mucho valor, que á escondidas cogió en la papelería de su madre. Al entrar la doncella en el baile de casa de su amiga, se los puso en las orejas, lo que efectivamente dió el mayor golpe. Reunió en su favor todos los votos; y unánimemente confesaron que Alfonsina tenía una de las mas ricas y particulares máscaras que nunca se hubiesen visto. Hallábase lisonjeado su amor propio, no cabía en sí de gozo; se abandonó, pues, al gusto del baile y de los mil jueguecillos que con él se mezclaron, con todo aquel embeleso y atolondramiento propios de su edad. Ultimamente, dieron las doce de la noche, hora fatal, que todos los padres habían señalado para retirarse: ¡qué pronto llegó al parecer!... Alfonsina y Estéfano, conducidos por un antiguo criado, entraron en un coche, y volvieron á casa de sus padres, que dormían entonces. Pero, ¡qué terrible pesadumbre para la doncella, cuando al acercarse al espejo para desnudarse, echó de ver que le faltaba uno de los pendientes de su madre! Dá un agudo grito, y echa á llorar; el bueno de su hermanillo vuelve inmediatamente á la casa del baile, busca en todas partes, y se informa; pero todo es en balde, no pudo volverse á hallar este dije precioso. ¿Qué dirá mi madre? clamaba Alfonsina: ¡cuán cruel castigo recibo por mi indiscrecion! ¿Cómo reparar pérdida de tanta gravedad?—Serian necesarios quizá..... dos mil duros, añadió el hermano: ¡cómo has tenido valor para tomar sin noticia de mi madre!..... Me había discurredo que ella misma te había prestado esa alhaja tan rica; piensa en la pesadumbre que tu indiscrecion, imprudencia, y presuncion, le causarán: ¡oh! hermana! ¡cuánta culpa tienes!»

Los dos pobres hermanos pasaron toda la noche en la mas dolorosa angustia; y Alfonsina con mas particularidad no pudo pegar los ojos ni un solo instante. Al siguiente día tuvieron por cansancio del baile las ojeras y abatimiento que se notaban en los semblantes de estos hermanos. Muchos días se pasaron. En esto, apurado Estéfano por las preguntas de su abuelo, quien no veía ya en las facciones del nieto aquella amable seguridad que le hacia tan hechicero por lo comun, le confesó la desgracia que les había sucedido, y le pintó toda la desesperacion de Alfonsina. «Pues bien, dijo luego M. de Lirne, procura proporcionarme el otro pendiente de tu madre, pero sin que nadie lo sepa, y con especialidad tu hermana. Vé, hijo mio, y aquietá tu zozobra.» Estéfano obedeció al punto, y ejecutó á la letra cuanto su abuelo le había mandado.

De allí á algun tiempo, presumiendo Alfonsina que su madre, convidada á una gran comida de etiqueta, no dejaría de querer ponerse sus pendientes,

y que caería entonces en el cruel accidente que había ocurrido, vino á confiar á M. de Lirne toda su afliccion. A la sazón estaba sentado el anciano en su sitio, que Estéfano se divertía en hacer rodar por el salón. A la dolorosa relacion de Alfonsina se echó á reír el abuelo; y entregándole de nuevo su llave, le dijo que abriese la parte interior del sitio; lo que la doncella hizo esta vez sin vacilar, y con el mayor apresuramiento: abre, y el primer objeto que hiere su vista es el cajoncito de su madre con un pendiente nuevo dentro, y tan parecido al otro, que era imposible distinguir el nuevo del antiguo. Alfonsina creyó al principio que era el primer pendiente que habían vuelto á hallar; pero Estéfano le esplicó todo el misterio, y la atolondradilla aprendió que era deudora de tan feliz suceso á la generosidad y cariño de su abuelo. Estéfano fué volando á poner de nuevo el cajoncito en la papelería de su madre, que no echó de ver nada. Fuera de sí Alfonsina con el gozo y reconocimiento, se arrojó en los brazos de M. de Lirne, quien, apretándola contra su pecho, le dijo con cordial acento: *No quemes mi sitio viejo, cuando me muera.*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO II.

DEL ASEO.

ARTICULO II.

Del aseo en nuestra persona.

I

El aseo en nuestra persona debe hacer un papel importante en nuestras diarias ocupaciones; y nunca dejaremos de destinarle la suma de tiempo que nos reclame, por grande que sea la entidad y el número de los negocios á que vivamos consagrados.

II

Así como no debemos nunca entregarnos al sueño, sin alabar á Dios y darle gracias por todos sus beneficios, lo que podría llamarse asear el alma, tratando de despojarla por medio de la oracion, de las manchas que las pasiones han podido arrojar en ella durante el día, tampoco debemos entrar nunca en la cama, sin asear nuestro cuerpo; no solo por la satisfaccion que produce la propia limpieza, sino á fin de estar decentemente prevenidos para cualquier accidente que pueda ocurrirnos en medio de la noche.

III

Esto mismo haremos al levantarnos. Luego que hayamos llenado el deber de alabar á Dios, y de invocar su asistencia para que dirija nuestros pasos, en el día que comienza, asearemos nuestro cuerpo, todavía mas cuidadosamente que al acostarnos.

IV

Es posible que alguna vez no podamos asearnos bien antes de entrar en la cama, porque el sueño, el cansancio, ó cualquiera otra circunstancia propia de la hora nos lo impida; mas al levantarnos, no lo omitamos jamás. Entonces nos lavaremos la cara con dos aguas, los ojos, los oídos interior y exteriormente, todo el cuello al rededor, etc., etc., nos limpiaremos la cabeza y nos peinaremos.

V

No nos limitemos á lavarnos la cara al acto de levantarnos: repitamos esta operacion por lo menos una vez en el día, y además, en todos aquellos casos extraordinarios en que la necesidad así lo exija.

VI

No empleemos en ningun otro uso la toalla que destinemos á enjuagar la cara.

VII

Acostumbrémonos á usar los baños llamados de *aseo*, que son aquellos en que introducimos todo el cuerpo en el agua, con el objeto principal de asearnos. Nuestra habitual traspiracion, el clima en que vivamos, y las demas circunstancias que nos sean personales, nos indicarán siempre los períodos en que ordinariamente hayamos de usarlos; pero tengamos entendido, que en ningun caso podrán estos períodos pasar de una semana. Cualesquiera que sean nuestras circunstancias, deberémos bañarnos diariamente, si para ello no tenemos inconvenientes insuperables.

VIII

Como los cabellos se desordenan tan fácilmente, es necesario que tampoco nos limitemos á peinarlos por la mañana, sino que lo haremos, además, todas las veces que advirtamos no tenerlos completamente arreglados.

IX

Los hombres que se dejan crecer la barba, deben también peinarla varias veces en el día; y en cuanto á los que usan bigote, además de lavarle con frecuencia, deben impedir que llegue á caer sobre los labios, para que no quede siempre en él una parte de las comidas y bebidas que se llevan á la boca. Téngase presente que siempre es asquerosa y repugnante á la vista una barba demasiado grande.

(Continuará.)

CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

VIII

ENRIQUE, Ó EL NIÑO MENTIROSO.

Desde que un niño es tenido por mentiroso, no se le cree jamás, ni aun cuando dice verdad. Esto decía el señor Zayas á su hijo, cuando decía una mentira.

El señor Zayas tenía dos hijos, Carlos y Enrique. Este último tomó un pedazo de azúcar de encima de un escritorio, y le comió. Su padre, que le había visto, quería que el niño lo confesase, á fin de perdonarle su golosina en favor de su sinceridad.—Enrique, ¿quién ha tomado el pedazo de azúcar que yo había puesto encima de mi escritorio?—No he sido yo, papá.—¿Entonces habrá sido tu hermano? pues que no hay aquí mas que los dos capaces de esta golosina.—Yo no sé, papá.—Cuidado, Enrique: si tú mientes, yo lo sabré, y entonces serás castigado, primero por haber tomado y comido el pedazo de azúcar, y despues por la mentira, la que se hace tanto mas grave, cuanto hace sospechar de tu hermano.—No he sido yo, papá.—Tú te obstinas, Enrique, y no tienes razon: yo puedo todavía perdonarte; pero si no confiesas pronto tu culpa, vas á ser castigado sin misericordia. Piensa bien que un niño no debe engañar á su padre. Yo sé lo que hay, pero quiero oír la verdad de tu misma boca. Piensa también que yo no puedo acusar á tu hermano, porque es demasiado pequeño para llegar á mi escritorio.—Pero si él ha subido sobre una silla.....—Esta observacion, hijo mio, no es mas que una pura terquedad. Si fuese verdad que tu hermano hubiera tomado el azúcar, sería un deber tuyo el escusarle: al contrario tú procuras culparle de una falta de la que solo tú eres culpable.—¡Yo papá!—Sí, señorito, tú mismo: yo lo he visto: está dicho todo.

Enrique, lleno de vergüenza, bajó la cabeza, y se puso colorado. Quiso pedir perdon á su padre; pero el señor Zayas le detuvo.—Ahórrate ese trabajo, Enrique, le dijo, tus súplicas de nada servirían.

Al acabar estas palabras, el señor Zayas puso el mismo un rótulo en la cabeza de su hijo, donde se leía en letras muy grandes: MENTIROSO Y TERCO.

Enrique estuvo un día entero atado á un pilar, donde sus amiguitos le vieron, y se burlaron de él. Hacia dos horas que estaba en penitencia, cuando llegó el hermano que él había tan bajamente acusado: ese niño fué á encontrar al señor Zayas, juntó sus manecitas, puso una rodilla en tierra, y derramando lágrimas pidió gracia por su hermano Enrique: Carlitos era muy amable niño. El señor Zayas no pudo dejar de escuchar á ese buen hermano, y el rótulo fué quitado. Enrique reconoció aún mejor su falta comparando su conducta con la de su hermano; de suerte, que se cree que jamás recayó en la misma.